



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13461

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

## REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAJOR, 24

MARTES 2 DE OCTUBRE DE 1906

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia en París: Mr. A. Lavallée, 61, rue Chauvart; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

# La enseñanza en las escuelas de primera enseñanza

La sesión única en Cartagena.

La unidad de criterio de los profesores todos de Cartagena en esta cuestión, le da el carácter de ventaja incontestable. Ni los dedicados a la enseñanza privada ni los maestros de las escuelas públicas, ninguno, se ha manifestado contrario a la sesión única en las escuelas. Ya se ha dicho en algún artículo: «esta reforma no puede discutirse científicamente por los profesionales». Sólo las condiciones excepcionales de los pueblos, pueden hacer aquella reforma oportuna ó impropia.

La índole especial de la vida actual de esta población, no sólo permite, si no favorece la implantación de esa modalidad en las horas de clase. La mayor parte de las familias comen a las dos de la tarde; porque en las oficinas, talleres, despachos, etc., así se tiene acordado, amoldándose a las necesidades de los distintos servicios que determinan la vida industrial y mercantil de las clases de esta ciudad.

La sesión única deberá durar, en su consecuencia, de ocho de la mañana a una y media de la tarde. La segunda sesión de la tarde (en el régimen de las dos sesiones diarias) deberá empezar de tres a tres y media como mínimo, para acomodarse a las costumbres en las horas de comida de la mayoría de las familias. Diganlo no los maestros que tienen que esperar esa hora para empezar las clases lectivas, porque hasta entonces es demasiado tarde para los niños que han llegado antes, vienen todavía con el pedazo de pan en la boca. Y claro es, que, si comienza a las tres y media la clase, qué tiempo queda hasta las cuatro y media, hora en que ya no hay más en el salón, sobre todo en los meses de invierno, que constituyen el mayor tiempo del curso escolar?

Quedan aducidas, en los artículos ahora publicados sobre este asunto, las razones más poderosas y con argumentos sobre las ventajas de la sesión única en las escuelas. Sólo oposiciones sistemáticas pueden ser contrarias a esta mejora; y cuanto a los pedantes, únicamente los ignorantes que no quieren tomarse el trabajo de estudiar lo que no comprenden, podrán oponerse a este nuevo horario y a esta nueva distribución del tiempo en las escuelas. Se ha dicho que por el hecho de ser maestros los iniciadores de esa reforma, debía lugar a creer que algo de beneficioso llevaría en sí su implantación. Hemos estudiado el asunto, y sólo encontramos desventajas para el maestro, allí donde para el niño es ventajosa en un todo esta innovación. En efecto, todo el tiempo que durante ahora las dos sesiones, está interrumpido por las horas de la comida: en la sesión única, no habrá ese descanso para el profesor que sacrificará su bienestar en favor del niño para que el tiempo que éste pasaba en su casa, lo emplee en recreo ó preparación de alguna labor escolar a la vista de aquél; fuera de que no es lo mismo trabajar durante dos ó tres horas seguidas que durante cinco y media ó seis. Además, mientras algunas veces por causa de la lluvia u otros acciden-

tes ocurridos antes de la sesión de la tarde, muchos niños no van a clase ó se suspende ésta por aquellos motivos, en la sesión única recibirán todas las enseñanzas del día los niños en total, evitándose esa desigualdad de los que asistían por la mañana y no pueden hacerla por la tarde ó viceversa, y en todos estos casos, el profesor ha de resultar al cabo del curso con más horas de trabajo que con las dos sesiones.

También hemos oído decir que en Cartagena no hay escuelas aptas ni por sus condiciones de construcción, ni por el régimen escolar, para la sesión única. Los que esto dicen y propalan, desconocen la enseñanza en esta ciudad. Esos individuos no han visitado las escuelas de Cartagena. Para hablar de cualquier materia y para propalar ciertas ideas se ha de obrar con más prudencia y más conciencia de lo que esos lo hacen. Fuera de que si los locales-escuelas no reúnen las condiciones higiénicas y pedagógicas exigidas por la ciencia, no deben funcionar por ninguna razón; esas escuelas deben cerrarse inmediatamente; y si, con esas condiciones necesarias, entonces la sesión única debe implantarse. En qué escuela de Cartagena han visto que durante el recreo el niño no juegue con entera libertad, y el trabajo escolar, no esté interrumpido y alternado con canto, gimnasia, trabajos manuales, ejercicios corporales, etc., etc.? En qué pedagogía han leído que el niño durante todo el período de su educación y aun de su juventud, no han de estar sujetos a una dirección racional pero enérgica. No saben que la Escuela Tolstoiana ha sido un fracaso por su exagerado naturalismo? Y sépase que el naturalismo es en la educación, término de referencia y fuente de procedimientos, pero nunca puede tener la categoría de sistema absoluto.

La sesión única beneficia a la enseñanza y al niño sobre todo, en su educación integral; pero es molesta para el maestro; pero éstos se hallan conformes con esa molestia mayor, porque molestarse por los niños es su compromiso profesional y social.

F. M. R.

## Las mañanas de Madrid UNA BODA

Los vi venir de la iglesia, un poco pensativo. con su americana corta y pantalón muy ceñido. Ella con su traje negro, con los ojos encendidos, no sé si de haber llorado ó efecto de un humorcillo. ¡Cómo lloraba la madre! ¡Cómo rogaba el padrino! un señor gordo y simpático y prestamista de oficio. Seguí hablando de familia de parientes y de amigos ansiosos del agasajo que ya estaba prevenido. Ocuparon siete mesas del café nuevo del Siglo, y—Usted, ¿qué toma?—«Y usted?»—«Lo que usted.»—«Y yo lo mismo.»—«Yo no tengo gana ahora.»—«Yo he tomado un vomitivo.»—«Pues ya no sé lo que tome.»—«Usted dirá.»—«No lo digo.»

Y así estuvieron dos horas por ser cosa de cumplido disimular finalmente los deseos y apetitos. Al fin el padrino al mozo con mucho rumbo le dijo: «Traiga usted unos cafeses con medias y marrasquino, y para mí un chocolate con un moicón blandito, y el que quiera más que pida, que para eso hemos venido, y por duro más ó menos no me se encoje el ombligo.» Y en oyendo esto, la suegra preguntó al mozo:—«¿Hay cocido?» No lo habrá, pero si había diversos manjares ricos de que dió conocimiento el camarero solícito. De riñones tomó un plato relamiéndose el hocico, «porque,—dijo,—los riñones me gustan a mí muchísimo.» Y con gran delicadeza al verme dió un bocadito diciéndome: «entre sollozos: que me la trates bien, hijo.» Terminado el almorzante levantóse grave y digno el padrino, pagó el gasto y al mozo dió un perro chico. En procesión por la calle fué la boda al domicilio conyugal, y allí el asmático despidió el duelo muy fino. A poco, al mismo sujeto salió dando respaldos, y alguien le oyó que decía: «Vaya, me ha costado un pico, pero ya casé a la hija y ya salí del congozoso.» «Ella es la condesa que de haber sido un libérrimo.» «¿Qué tiempo aquellos... y cómo?» «Vaya si era buen tipo.» «entonces la madre... y cómo me quería su marido?» Ha pasado una semana y ya el esposo novísimo está serio, grave y fosco, meditando y sombrío, y hablando solo ayer iba por la calle del Barquillo diciendo:—«Más me valiera haberme pegado un tiro.»

C. Frontaura.

## ECOS NAVALES NUEVO BUQUE ESCUELA BELGA Después de largos «pourparlers» en-

tre el Gobierno belga y la Asociación marítima de Amberes, se ha llegado a un acuerdo en la cuestión del buque escuela que ha de sustituir al «Smet de Naeyer», que como es sabido se fué a pique en Abril último á consecuencia de los temblores submarinos. El Estado belga interviene en el nuevo barco escuela en la mayor medida posible, dejando en absoluto a la iniciativa privada el cuidado de establecer una escuela flotante al ancla, cuyos gastos en su mayor parte serán de cuenta del Gobierno. Parece que para facilitar ese objetivo se trata de adquirir el «Linlithgowshire», barco de vela de Gante de una sociedad particular, cuya compra no será definitiva, sino después que el barco haya sido escrupulosamente inspeccionado en el dique seco de Amberes; y el nuevo nombre que llevará cuando arbole la bandera belga será el de «Fortuna». Convertido en escuela flotante tendrá un Estado mayor, compuesto de oficiales, un personal para el servicio y no habrá más profesores que los agregados exclusivamente al buque escuela con dicho objeto. Cuando esté amarrado al muelle irán a dar las explicaciones a bordo los profesores de instrucción pública de Amberes, para lo cual serán conducidos en botes a bordo del «Fortuna», y sus lecciones versarán sobre marinería, maniobra de vela, natación y nociones generales de ciencias y letras, geografía ó historia. Los alumnos admitidos a bordo se dedicarán por completo a adquirir las reglas prácticas marítimas, quedando sujetos a la más severa disciplina. Hay ya muchas peticiones de ingreso. En la Asociación marítima de Amberes, noventa jóvenes han solicitado ser admitidos como cadetes de Marina en el nuevo barco escuela belga. En el ministerio de Comercio, Industria y Obras públicas hay ya muchas solicitudes y también una gran parte de alumnos que pertenecieron al «Smet de Naeyer» y que se salvaron del naufragio, desean continuar la profesión de mar. El nuevo buque escuela belga es de tres palos con casco de hierro, con un arqueo bruto de 1.425 toneladas y 2.040 de capacidad; sus principales dimensiones son: eslora 224 pies y 7 pulgadas; puntal 21 pies y 7 pulgadas.

La escena quedará instalada en el estrepente.

## Rememoración

«El Liberal... con el descarrilamiento de un tren!... ¡Pobres gentes! Es el único comentario que hice en voz alta al oír el pregón del vendedor de periódicos,— un haraposo granujilla de rostro sucio y picaresco,—pero, de allá, del fondo de mi memoria, surgieron rememoraciones de la impresión más grande y profunda que tuve en mi vida, y que recibí, por cierto, en un viaje de recreo por Cataluña.

Como mi único objeto era recorrer lo más notable de nuestra España, después de haber estado unos días en la ciudad Condal, me propuse ir a Zaragoza con el solo deseo de ver la tan venerada Pilarica, a la que todo español adora. Antes de llegar, y entre las estaciones de Reus y Miranda de Ebro (si mal no recuerdo), había que pasar un túnel, y por cierto con grandes precauciones, porque a falta de cimentación a causa de continuas avenidas subterráneas, se estaba hundiendo y habían comenzado las obras de reparación.

El estado del túnel me lo iba diciendo un compañero de viaje, cuando un fuerte silbido de la locomotora vino a interrumpir nuestra conversación. Nos anunciaba la entrada en el túnel, en ese túnel que ya me daba miedo. Casi simultáneo fueron el silbido y un fuerte golpe que se produjo al disminuir la gran velocidad que llevábamos, hasta un paso apenas imperceptible.

Acabábamos de entrar cuando oímos una voz que decía: ¡El tren! ¡El tren! Era la voz de alerta que el capataz daba a más de cien trabajadores que, con hachones encendidos, formaban dos filas, y nada más tético que aquella iluminación... Sobre mi cabeza me parecía sentir el peso de toda aquella bóveda agrietada y negra de aquel horroroso túnel. Cada segundo me parecían siglos, y como burlándose de mi angustia, aquella férrea cadena de la que cada eslabón llevaba pendientes unas cuantas vidas, marchaba cada vez más despacio, más lentamente: en vez de andar, se arrastraba.

Por fin empezamos a ver un tenue

me lavo, para darle la mano aunque será fanga, porque como ya no es mi amigo... Esto decía, sin mirarme de lleno, y entre alegre y vergonzosa, pero dejándome ver, al sonreír su boca de medio lado, aquellos dientes de blancura inverosímil, compañeros inseparables de húmedos y amorosos labios: sus mejillas mostraban aquel sonrosado que en las incertizas de cierta tez escapa por su belleza a toda comparación. Al ir y venir de los desnudos y mórbidos brazos sobre la piedra en que apoyaba la cintura, mostraba ésta toda su flexibilidad, le temblaba la suelta cabellera sobre los hombros, y se templaban los pliegues de su camisa blanca y bordada. Sacudiendo la cabeza echada hacia atrás para volver a la espalda los cabellos, se puso a lavarse las manos, y sacudiéndolas de secar sobre los cuadriles, me dijo: —Como que le guste ver moler. Si supiera,— continuó más paño,—lo molida que me tienen... ¿No le digo que lo he estado esperando? Colócala de manera que de afuera no podían verla, continuó, dándome la mano: —Si usted no se hubiera estado un mes sin venir, me habría hecho un bien. Vea a ver si mi taita está por ahí. —Ninguno está. ¿No puedo haberlo el mismo bien ahora?

366 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

MARIA 368

do lo tengo, pues tras la última tamborita que le di, quedó en la espina. Llegamos a la casa de Cuatrecasas, y al momento el potro para darle traspas de abrir la puerta del patio. Apenas dió esta tras de nosotros al último, un ruido y un golpe que hizo estremecer al caballo por jizo, me aconsejó mi compadre: —Andale vivo y con viento a Salomé a ver que la saca. —Pierda cuidado,—le respondí haciendo llegar al corredor mi caballo, al cual presentaba la cara blanca colgada por allí. Cuando traté de espantarlo, ya le había tomado mi compadre la cabeza el potro con el caballo. Y estaba teniendo al estribo, la brida... Después de apurar las cabalgaduras, entré gritando: —Candelaria, Salomé; Sólo los bimbo con testaban —Pero ni los perros, contaban mi compadre como si a todos se los hubiera tragado la tierra. —Alá voy,—respondió desde la cocina mi compadre. —¡Hu tu tu tu! si es que aquí está tu compadre Estrejo. —Agárdeme un nada... que estamos pagando...